

# Die Käfige

Diego Martínez Díaz

*Lic. en Médico Cirujano UAA, 8° semestre*

OTRAS CREACIONES

52

Corría el año de 1940 y estaba dispuesto a no volver jamás al Heer; tanto sadismo había consumido mi poca fe en la humanidad. A duras penas escapé con una Luger y varios cartuchos, un poco de pan de tres días de antigüedad y patatas que podían hacerse pasar por piedras. No tenía a dónde ir, ni siquiera me importaba caminar por el bosque helado con tal de no toparme con las tropas que el mismísimo *Führer* había decretado movilizar desde Múnich. Nunca nos dijeron nuestro objetivo exacto, pero apostarí a mi reservada inteligencia a que íbamos en marcha hacia Francia. Cuando tuve oportunidad, pasando por una senda llena de arbustos que colindaba con el bosque, me escabullí y emprendí rumbo hacia Habsburgo. Llevaba días caminando, trepando e incluso arrastrándome como gusano en la húmeda tierra; se me terminaban las provisiones y no tenía tampoco alguna pista de mi paradero. Fue entonces cuando decidí girar mi trayecto un poco. Mi destino: Dachau.

Por un tiempo se mencionó que se habían instalado campamentos alrededor de Dachau por el hecho de tener un campo de concentración cerca, éstos en los cuales se hacían trabajos forzados, no daban comida a los prisioneros, las violaciones eran diarias a mujeres y niños, y sabe cuántos alardeos más llegué a escuchar de tanta barbarie. De hecho, los soldados que eran trasladados de los campos para encuadrarse en mi antiguo escuadrón hablaban todas las noches de cuántas personas habían violado y luego destripado enfrente de sus familias. Me enfermaban. Era una de las tantas razones por las cuales no quería volver, nos hicieron secuestrar inocentes y matarlos delante de sus congéneres, destazarlos y colgar sus cuerpos de las defensas de los *Sonderkraftfahrzeuge*, se arrastraban por kilómetros y luego se quemaban en las plazas sólo para humillar a la “raza inferior”.

La razón por la cual quería llegar a las cercanías de Dachau era abastecerme; pero no podía sólo entrar, pedir comida y luego marcharme, necesitaba burlar la seguridad y llegar a su almacén, si es que tenían alguno. Estaba cansado por no haber dormido en un tiempo, pero tenía que llegar, si no moriría de hambre, o peor, me encontrarían tropas del Heer. Lo único que podía hacer era seguir por el bosque poniendo fe en los conocimientos que me habían implantado: esconderme entre el fango, ocultar mis huellas, observar el ambiente y volverme uno con él.

Llegó una vez más la noche y el cielo se pintó oscuro con centellas resplandecientes que incluso me hacían olvidar que estábamos en guerra, pero no podían hacerme olvidar mi hambre; recordé entonces cómo uno de los soldados de alto rango juraba que alguna vez una de sus tripas había devorado a otra, en ese momento no le creí, pero dentro de mí sentía que estaba pasando. Me recosté entre dos colinas tapizadas de árboles robustos que podían, sin lugar a duda, esconder mi existencia por un rato de sueño. Metí un pedazo de pan a mi boca seca, esperando que se humedeciera para poder así tragarlo con alivio; mientras lo hacía me llegó un aroma intenso como si quemaran algo, tal vez yesca. Me arrastré hasta el lugar de donde provenía tal olor, encontrándome así con un pequeño fuego; miré hacia los lados, no había señales de que algo o alguien lo hubiera empezado. Pasó por mi mente la posibilidad de una trampa puesta por los soldados que se encontraban seguramente en las cercanías, pero, incluso si fuera de esta manera, tendría que ser muy obvia la situación.

Al poco rato apareció una niña entre los matorrales, no tendría más de ocho años y guardaba algo entre sus manos. Me sorprendió el hecho de ver a un niño en un lugar así, a mitad de la noche, cerca de militares. En voz baja me pregunté qué estaba pasando.

Posteriormente apareció un niño que podría tener diez años o tal vez más, me di cuenta entonces que vestían de igual manera los dos. “¡Prisioneros!”, pensé. Los observé durante un buen rato: al parecer discutían un poco por lo que tenía la niña en la mano; el niño traía una bolsa y dentro algo se movía. Intenté acercarme más para escuchar qué estaban murmurando, decían algo sobre comida mientras señalaban la bolsa. Entonces, el niño gritó:

—¡Yo lo haré, como siempre! —Vi cómo agarraba el palo afilado que escondía la niña detrás de su espalda, abrió la bolsa y perforó aquello que se encontraba dentro de la misma. Un chillido salió del morral, el

cual empezó a gotear sangre. El niño sacó una ardilla empalada, la lanzó al fuego y todos observamos cómo la cena se cocinaba.

¿No sería más fácil salir de mi escondite y asesinar a esos niños por un trozo de carne? Algo dentro de mí me lo pedía, era mi hambre, la cual podía saciar dándome un festín con la ardilla, o bien con los pobres niños. Sin embargo, y viéndolo por otra parte menos hostil, si esos niños habían cazado por sí mismos un poco de alimento, significaba que habían estado viviendo algún tiempo en el bosque, que probablemente tendrían un asentamiento con agua, cobijo y tal vez otras cosas valiosas que me podrían servir en mi salida del país.

Salí poco a poco de entre los arbustos para que no se asustaran ni salieran corriendo despavoridos. Me vieron con una expresión extraña, pero ni siquiera se inmutaron, como si nunca hubieran visto algún soldado o lo que representaba para su vida. Me senté junto a ellos en la fogata, guardaban silencio mientras la ardilla, que ahora se veía exquisita, se rostizaba en el leve fuego hecho con material inerte del bosque.

—*Hallo, Kinder*— dije con una voz amable.

Los niños me voltearon a ver, sacaron al roedor del fuego y me lo ofrecieron. Mientras comíamos la poca carne que tenía el animal, les pregunté lo esencial: ¿de dónde venían?, ¿dónde dormían?, ¿por qué no me tenían miedo? Ellos respondieron con un largo silencio. Terminando la cena, el niño se paró, llamó a la otra pequeña e hizo señas para que lo siguiera. Me di cuenta luego de que no sabían muchas palabras, solamente las suficientes para comunicarse entre ellos.

Nos adentramos más en el bosque, que se tornaba más oscuro, pues la vegetación empezaba a tapar cualquier destello de luz lunar. Me tropecé una que otra vez, pero los niños no, aun estando casi en las tinieblas; de hecho, parecía que conocían muy bien la zona. Entre varios árboles de troncos gruesos, casi pegados unos con otros como si fueran una cerca, se encontraba una parte libre de madera, un hueco del cual emanaba luz. Los niños lo atravesaron y, copiándoles, pecho tierra, los seguí.

Salimos a lo que parecía un ojo de agua y, mirando alrededor, me percaté de que había pocas entradas, pero llegaba la suficiente luz para hacer de ese espacio un lugar acogedor, justo lo necesario para quedarse un tiempo. Los niños pidieron que los siguiera nuevamente, esta vez caminamos un poco y empecé a divisar un pequeño campamento: unas cuantas ca-

mas, guijarros que circundaban un lugar de fogata, además de unas piedras más grandes que simulaban asientos. En una de ellas se encontraba sentado un joven de unos quince años, el cual no me quitaba los ojos de encima.

—¿Quién eres, soldado? —preguntó el joven de manera prepotente mientras me visualizaba de arriba a abajo—. No tenemos comida para ti. Si vas a quedarte tendrás que buscar tu propio alimento. —Asentí con la cabeza, pensé entonces que él era el jefe y si quería quedarme debía llevarme bien con él—. Cuando nos dejaron aquí tuve que hacerme cargo, ya que soy el mayor, mi número es el 137, pero los chicos sólo me dicen Eins.

—¿Hay más de ustedes? ¿Por qué el número? —pregunté con curiosidad.

—Así nos llamaban donde estábamos, pero un día sólo nos trajeron aquí, de eso hace ya cuarenta y tres lunas. Varios de nosotros han muerto, pero seguimos en pie, con el plan de cuidar a nuestros hermanos *Chimären*. —No entendí de lo que hablaba aquel muchacho y por la expresión que hice en mi rostro lo sabía— Ven conmigo —me demandó.

Mientras caminábamos, el chico me explicó que los otros eran un poco diferentes a sus hermanos, que era un dolor en el trasero conseguir que comieran algo distinto a las provisiones que tenían. El muchacho movió unas cuantas ramas que asemejaban una puerta y descubrió una senda con luz tenue.

Tragué saliva en cuanto vi lo que estaba enfrente de mí, de hecho, primero creí haberme vuelto loco o que lo que había comido se encontraba en malas condiciones, pero no era así. De dos postes de madera pobremente tallados se encontraba suspendido un tronco casi igual que los dos anteriores, de éste pendían tres cajas con barrotes metálicos, dentro de las cuales se encontraban figuras humanas amorfas completamente desnudas: todas presentaban piernas, tronco y brazos, pero en sus cabezas, las cuales eran enormes, había múltiples caras, narices dispersas, ojos dispuestos de una manera grotesca, dientes apiñados y mechones de vello en lugares donde ni siquiera debería haber.

Debajo de las cajas se encontraban pilas de excrementos que parecían ser de aquellas criaturas; sin embargo, eso no fue lo más sorprendente, sino que algunos niños, que rondaban los diez años, se encontraban alimentando a las monstruosidades. Tenían una pequeña canasta de donde sacaban trozos de pan y queso que ofrecían tímida-

mente envueltos en tela, luego las excentricidades sacaban una mano para agarrar la ofrenda que posteriormente engullían, no por una boca, sino por varias de ellas.

No aguanté ver tal escena más tiempo y me retiré. Llegué nuevamente al pequeño campamento, me senté sobre una de las rocas, que simulaban asientos, a meditar lo que había observado. Me di cuenta entonces de que el jefe me había seguido y se encontraba parado a un lado mío.

—Antes no eran así, eran muy parecidos a nosotros desde que nacimos, excepto 189 y 190, los hermanos de la primera caja. —Hizo una pausa, se sentó para después continuar—: un día los hombres con los que estábamos en aquel lugar blanco empezaron a meternos un líquido verde por las venas, también nos lo daban a tomar, era viscoso y tenía sabor amargo. Luego, mi hermano empezó a cambiar, tiempo después... murió. —El jefe volvió a hacer una pausa mientras se secaba las lágrimas que corrían por su caquéxico rostro—. Lo mismo pasó con los hermanos de los chicos que viste hace un rato; en cuanto vieron esto, los hombres nos trajeron aquí, abandonándonos; dijeron que los *Chimären* no servían para su experimento.

Conversamos un rato más sobre algunas banalidades que le preguntaba, hasta le expliqué un poco de mi historia para distraerme un rato del tema, sin embargo, no podía olvidar lo que había visto, era una barbarie creada por el ser humano. El muchacho me mencionó un camino por el cual podía huir, ya que se encontraba fuera de la vista de los soldados; me ofreció una cama hecha de hojas y me dejó dormir.

No sé cuánto dormí, pero no fue suficiente, a pesar de eso, ya no podía conciliar el sueño. Me levanté para luego encaminarme a aquella senda donde colgaban las cajas con los *Chimären*, vi cómo los niños de antes dormían cada quien en su cama, uno que otro en las piedras de aspecto peculiar; nadie me seguía. En cuanto entré en la senda observé a las criaturas, algunas dormían, o eso parecía, pues algunos de sus ojos no estaban cerrados, aunque aquellos que no lo estaban se encontraban opacos, tal vez ciegos. Unos tenían dificultad para respirar, en otros su mandíbula principal se encontraba hacia afuera, como dislocada. Eran blancos como el pan mientras que los mechones de cabello, que caían por sus abultadas cabezas, eran de distinta tonalidad, incluso en la misma cabeza.

—No consigo que coman algo distinto a lo que hay en esa canasta, nos las dieron cuando nos dejaron aquí —dijo una voz a mis espaldas, me giré rápidamente para encontrarme con Eins mirándome cruzado de brazos—. A veces yo tampoco puedo dormir —prosiguió mientras se acercaba—, he probado darles carne de ardilla, pero en cuanto la comen la vomitan casi enseguida; hace ocho lunas cazamos un cerdo que se escapó del campamento militar, también se rehusaron a comer esa carne; ahora intentamos alimentarlos con aves, pero tampoco está funcionando. Quedan pocas provisiones y si esto sigue así morirán de hambre.

De pronto, uno de ellos se despertó, los otros ojos que tenía cerrados se abrieron, una de sus bocas empezó a gritar, otra a balbucear, dos de sus caras empezaron a llorar y una más frunció lo que parecía ser el ceño. Los demás se despertaron ante esta reacción e hicieron lo mismo.

—Esto nunca había pasado, qué extraño —dijo Eins, rascándose la cabeza.

Sabía que algo no iba bien. Fue entonces cuando escuché el ruido de una motosierra, era común que los equipos exploradores de estas zonas cargaran con una, pero ¿cómo nos encontraron? ¡Las pisadas! Las huellas de mis botas que hice al seguir a los niños, olvidé cubrirlas.

Rápidamente saqué mi Luger. Mientras la cargaba le dije a Eins que nos escondiéramos detrás de un tronco; algunas ramas frondosas cayeron, dos sombras aparecieron, una tercera ordenó a las otras dos inspeccionar el lugar. Jalé el gatillo apuntando al soldado que cargaba la motosierra, un tiro certero le atravesó el pecho, haciéndolo caer como un costal de arena al suelo. El soldado a cargo de la unidad le ordenó al otro que seguía vivo ir por refuerzos y éste acató la orden empezando a correr. Apunté a su pierna, disparé dos veces y una de las balas alcanzó el objetivo, imposibilitando su huida. El último soldado, al encontrarse solo, lanzó una ráfaga de balas al aire. Varios de los *Chimären* gimotearon.

El soldado se dio cuenta entonces de lo que había en aquellas cajas, se había distraído y era mi momento de contraatacar. Salí de mi escondite, ejecuté el disparador nuevamente, pero esta vez fallé. El soldado me vio, empuñó su arma semiautomática y descargó el cargador completo contra mí. Mi brazo izquierdo absorbió todo el impacto de las balas, quedando una masa que arrojaba borbotones de sangre hacia

todos lados. Sentía que me desmayaba, hice un esfuerzo mientras el soldado recargaba su arma, subí la mía y le metí una bala entre las cejas. Después perdí el conocimiento no sé por cuánto tiempo.

Desperté obnubilado, vi mi brazo, se encontraba cauterizado, ya no sangraba, aunque no podía hacer nada con él. Desgraciadamente me encontraba en el lugar donde menos pensaba despertar: estaba suspendido, encerrado en una de las cajas de metal. En el suelo observé trozos de carne, brazos, piernas y las cabezas de los soldados que había matado.

—Es probable que no sepas lo que pasa —dijo una voz delante de mí. Levanté la cabeza, era Eins—. Verás, esos soldados mataron a 189 y 190, te encuentras en su jaula ahora. Curiosamente, cuando tu brazo explotó, la sangre manchó a nuestros hermanos. Cuando todo terminó, observamos cómo se relamían los restos que habían sido esparcidos sobre ellos, se me ocurrió entonces darles carne de los soldados, la cual devoraron como ninguna otra cosa que les dimos a probar, ¿entiendes lo que digo? Los *Chimären* están salvados, aunque la mala noticia es que pronto la comida escaseará. Debemos seguir con nuestra misión. Tú serás nuestra reserva.



Kenn, John. *Caged beasts*. 2018. *Instagram*. Web. Agosto 2019.

<https://www.instagram.com/p/BpMR1Z7gKr6/>





*La virgen que peca.* José Nicolás Campos Mendoza.